

FRIEDRICH TORBERG

EL ALUMNO GERBER

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN  
DE MARINA BORNAS MONTAÑA

BARCELONA 2016



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Der Schüler Gerber*

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 1959 by Paul Zsolnay Verlag, Viena, Austria  
© de la traducción, 2016 by Marina Bornas Montaña  
© de esta edición, 2016 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-16011-91-9  
DEPÓSITO LEGAL: B. 2965-2016

AIGUADEVIDRE *Gráfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2016*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

I.	Kupfer, dios de responsabilidad limitada	9
II.	Entrada de los gladiadores Gong	37
III.	Tres encuentros	67
IV.	Observación sobre la equis	84
V.	El palafrén ha tropezado	103
VI.	Una persona llamada Kurt Gerber	128
VII.	Kurt Gerber, número 7 de la lista	165
VIII.	El camino hacia el fracaso es duro	183
IX.	«El miércoles a las diez», novela rosa	211
X.	Tormenta en dos frentes	231
XI.	El palafrén se desmorona	259
XII.	Los exámenes finales	279

I  
KUPFER, DIOS DE  
RESPONSABILIDAD LIMITADA

Era una tibia mañana de finales de verano y las puertas del aula estaban abiertas. Entre el ruido y la confusión, nadie se dio cuenta de que el alumno Gerber había llegado. Se dirigió hacia su sitio en el último banco, se sentó y contempló la escena sin ser interrumpido. El panorama era idéntico al de cualquier otro día de clase. Y Kurt Gerber, fiel a su costumbre, surgida de sus muchas lecturas, de vivir todo lo que ocurría alrededor como si fuera un recuerdo, la narración de unos hechos pasados, observó así la siguiente situación.

Los alumnos del último curso del instituto de bachillerato Realgymnasium XVI se habían reunido en el aula. De pie o sentados en pequeños grupos, sostenían animadas conversaciones en voz alta, sin pausa, incluso un tanto impacientes: tenían muchas cosas que contarse tras aquellos dos meses de verano que habían vivido como «vacaciones escolares» por última vez; con la certidumbre, también por última vez, de que el fin de las vacaciones supondría el inicio de un nuevo curso; y con la nueva y emocionante sensación de saber que sería el último.

¡El último curso! Aquellas tres palabras siempre habían irradiado un brillo mágico. Ahora se hacían realidad, y se reflejaban de forma leve pero perceptible en el rostro y los ademanes de todos y cada uno de los treinta y dos alumnos de octavo. Era evidente que entre el 28 de junio y el primero de septiembre habían hecho un esfuerzo para adaptarse a la edad adulta, y ahora estaban locos de alegría, como si ya hubieran dejado atrás ese último curso, como si

no les quedaran aún diez meses, diez meses de instituto iguales que los siete cursos anteriores, con la diferencia de que contemplarían todo lo que tenían por delante desde la perspectiva de la última vez: deberes y notas, errores y novillos, exámenes y advertencias, sobresalientes e insuficientes. Todo eso, alumnos de octavo que no dejáis de hablar, será igual que el primer día de clase. Y vosotros tampoco habéis cambiado tanto; aunque tú, Körner, te hayas dejado bigotes, y tú, Sittig, les beses la mano a las recién llegadas hermanas Reinhard, cuyo atractivo tampoco ha mejorado en absoluto. Exactamente igual que hasta ahora, seréis «malos» y mucho más a menudo «buenos», y temblaréis antes de un examen, y os reiréis de las bromas de los profesores. Pero si tú, Rimmel, sueltas en clase una estridente carcajada como la de ahora, probablemente porque Schleich te ha contado un chiste, y no te ríes de las bromas del profesor sino de las mías, entonces en primer lugar te daré una colleja porque sé que con tus sonoras carcajadas sólo pretendes dejarme en evidencia, pero en segundo lugar tú también recibirás una advertencia del profesor, y en octavo, con los exámenes de bachillerato a la vuelta de la esquina, eso es mucho peor que antes. No quisiera estar en tu lugar por nada del mundo, pelota. Bien. Y ahora, que empiece el curso...

Kurt Gerber echó un vistazo alrededor. Ninguno de los grupos parecía atraerlo.

¿Dónde estaba Lisa Berwald?

Al regresar a casa había encontrado una postal suya en la que le enviaba muchos recuerdos desde Italia. «Es una pena que no sepa dónde vas a veranear este año, si no, me pasaría por allí. En fin, ya nos veremos en casa». Ahora le habría gustado preguntarle si de verdad había pensado ir a verle o si sus palabras sólo eran pura retórica, como todo lo que decía y hacía. Pero Lisa Berwald aún no había llegado.

¿Con quién iba a hablar, pues? Le pareció que lo más fácil era dirigirse al grupo de su izquierda, junto a la ventana. Ahí estaban Kaulich, Gerald, Schleich y Blank. Tras un efusivo saludo, entablaron una conversación. Pronto se les unió Hobbelmann, que acababa de llegar.

—¡Hola, Scheri! Tengo novedades que te gustarán.

Scheri era el apodo de Kurt. Al principio lo llamaban Geri, una deformación de su apellido Gerber, y Geri derivó en Scheri, nadie sabía por qué motivo.

—¿A que no sabes quién será nuestro tutor?

—Ni idea.

Hobbelmann miró a los demás.

—¿Vosotros tampoco? Venga, ¡adivinadlo!

—¿Seelig?—preguntó Kurt.

—No.

—¿Mattusch?

—Tampoco.

—Como tú tampoco lo sepas, ¡te enteras! ¿Quién es?

—¡El Dios Kupfer!

Kurt se sobresaltó y levantó la cabeza de golpe. Sintió que la sangre se le agolpaba en la cara. Acto seguido, agarró al aturdido Hobbelmann y empezó a sacudirlo:

—¿De qué narices hablas? ¿Quién has dicho?

Todo el mundo sabía que Kurt Gerber no quería ni oír hablar del profesor Kupfer, a pesar de que éste nunca le había dado clase, pero ese arrebató repentino fue tan grotesco que todos se echaron a reír. Entonces, Kurt recuperó el juicio. Soltó al jadeante Hobbelmann, se levantó del banco con intencionado dramatismo y dijo:

—¡Por fin mi sueño se ha hecho realidad!

E informó atropelladamente a sus compañeros: había veraneado en el mismo lugar que Kupfer, el profesor había pasado hasta tres veces por delante de él sin prestarle la menor atención. Ni siquiera cuando se cruzaron solos

en medio del bosque le devolvió el saludo. Sólo se limitó a comentar en un tono cínico: «Al parecer ya se ha recuperado de los exámenes finales», y, antes de que Kurt pudiera replicar, ya se había ido. «Lo habría molido a palos, a ese imbécil engreído». Más adelante, Kupfer conoció casualmente al padre de Kurt Gerber, y lo primero que le dijo fue: «Esto... ¿Gerber? ¿Es usted el padre del alumno de octavo? Su hijo no se reiría tanto conmigo. ¡Los piezas como él para mí son pan comido!», y ese comentario provocó un gran revuelo, su padre quería cambiarlo de instituto, pero Kurt lo convenció, todavía no era seguro que Kupfer fuera el tutor de su clase. Y allí estaba él, el Dios Kupfer...

Se hizo el silencio durante un instante. Acto seguido, todos empezaron a hablar a la vez: A mí me han dicho que viene uno nuevo, ¿Y Hobbemann cómo lo sabe?, Todavía no es seguro, ¿Por qué no se queda Mattusch?, El Dios Kupfer no es tan malo si le caes bien, Tienes razón, Creo que voy a colgar los estudios, El Dios Kupfer es un buen tipo, A mí no me lo cuentes, ya me suspendió una vez, ¿Nos declaramos en huelga?, Con Kupfer jamás, No seas ridículo, Mirad qué os digo: Rothbart se queda y Niesset será profesor titular...

Entonces sonó el timbre, apenas audible por el barullo, que cesó de repente. Eran las ocho. Empezaban las clases. Alguien cerró la puerta desde fuera. Se hizo el silencio.

Acto seguido, el griterío se reanudó. Era un fenómeno absurdo que había permanecido inalterable desde el primer día de clase: en cuanto sonaba el timbre, los alumnos iban con toda la calma del mundo a sus asientos, donde retomaban las conversaciones interrumpidas. El silencio sólo se instalaba definitivamente cuando el profesor abría la puerta al cabo de unos minutos. Incluso el primer día, cuando no había ninguna clase prevista sino sólo la inauguración oficial del curso por parte del tutor, que, como

si quisiera suavizar un poco la dura transición del ocio al trabajo, siempre llegaba un poco tarde y nunca se sabía si esas horas ya formaban parte del nuevo curso o si todavía se consideraban la última prolongación de las vacaciones. Así pues, hoy nadie tenía motivos para esperar sentado en un temeroso silencio, y todo el mundo había vuelto a enfrascarse en nuevas conversaciones.

Kurt Gerber era el único que permanecía sentado y callado. Sus pensamientos habían huido asustados, y se esforzaba en vano por reunirlos de nuevo; sólo tenía clara una cosa: el nombre, el concepto, la esencia. El Dios Kupfer. ¿Qué pasaría? ¿Cómo debía actuar ante él? ¿Sumiso? ¿Debía darse por vencido desde el principio sin esperar el primer golpe, arrodillarse para que el otro diera un puñetazo al aire? Eso significaba renunciar a comprobar si Kurt era, en efecto, «pan comido» para Kupfer. ¿O debía hacer lo contrario y plantarle cara? ¿Aprovechar la primera oportunidad para rebelarse y decir: «Yo no me arrodillo»? Pero... ¡por el amor de Dios! Era el último curso, el definitivo, debía aprobar los exámenes de bachillerato, ¡debía! ¿Qué podía hacer? Esperar, eso sería lo mejor. Quizá no fuera tan malo y consiguiera llevarse bien con él sin tener que renunciar a nada. Había gente que hablaba bien de él. Además, ¿dónde ponía que sería su tutor? ¿Por qué no podía Mattusch quedarse como profesor titular, mientras Rothbart impartiera geometría descriptiva y Hussak da matemáticas y física? ¿Por qué de repente Kupfer iba a impartir matemáticas y geometría y ser el tutor del grupo? ¿Por qué? ¿Porque Hobbelmann había querido darse aires de importancia con una noticia bomba? Ridículo. El Dios Kupfer no iba a venir...

—¡Que viene el Dios Kupfer!

Mertens, que había estado esperando en la puerta, se precipitó dentro del aula y se sentó devotamente en su sitio. El barullo cesó en un santiamén.



Pues sí que viene. Pero a lo mejor se dirige a otra clase.  
Ya debería haber llegado.

Mertens nos ha tomado el pelo.

Ya... ahora... nada.

En el profundo silencio, el pestillo de la puerta accionado de repente sonó como un disparo. Kurt se sobresaltó; las rodillas le temblaban al levantarse.

También los demás se habían levantado, y permanecieron inmóviles mientras el profesor Artur Kupfer, a quien los alumnos llamaban «el Dios Kupfer» debido a su infalibilidad, de la que él mismo presumía a menudo, se dirigía hacia la cátedra a lo largo de la fila de bancos de la derecha.

El profesor Kupfer tenía unos cuarenta años y un aspecto demasiado corpulento que no encajaba con su estatura mediana. Algunos mechones rebeldes de su corto pelo rubio pajizo revelaban los esfuerzos infructuosos del cepillo para peinarlo hacia atrás. Su frente bastante elevada y su cara ligeramente abotargada presentaban, a pesar de los visibles cuidados que les prodigaba, un ordinario tono rojo, acentuado por las venitas que surcaban su afilada y prominente nariz aguileña. Tras los cristales de sus gafas ovaladas sin montura, unos ojos azules de acero miraban fijamente hacia algo inexistente. Vestía un traje informal marrón claro con la corbata a juego. En el brazo con el que sujetaba una gruesa carpeta verde llevaba también un chubasquero. Con la mano libre se acariciaba, como hacía a menudo, el bigotito rubio cuidadosamente recortado.

El profesor Kupfer llegó a la cátedra. Subió los peldaños, todavía de espaldas, y colgó el chubasquero del respaldo de la silla con un gesto descuidado. Entonces se volvió rápidamente, su mirada inexpresiva se detuvo un momento en los alumnos, que seguían levantados, tiesos como palos, y con un leve movimiento de cabeza dijo en voz baja: «¡Siéntense!». Por primera vez, aquella palabra que se pronun-

ciaba cinco veces al día desde hacía centenares de semanas surtió un efecto especial entre los alumnos. Sonó como un bálsamo cuando salió de la boca del hombre cuya aparición había provocado un silencio excepcional y casi enfermizo entre los alumnos de octavo. Pero ¡si habla! ¡El Dios Kupfer habla como una persona! No manifiesta su voluntad irrefutable a través de breves gestos. Puede decir «Siéntense» como los demás, y ahora está ahí callado, como calla todo el mundo.

—Esperaré hasta que el silencio sea absoluto—dijo el profesor Kupfer con claridad, sin moverse, sin mirar a nadie.

Sólo se movía cuando todos estaban sentados, tan tiesos como antes, como si quisiera acentuar el contraste entre los alumnos, que debían permanecer quietos por orden suya, y él, que se movía libremente porque no tenía que obedecer a nadie.

Aún no le había dirigido ninguna mirada a Kurt Gerber, que lo miraba fijamente, como tratando de descubrir el punto débil del enemigo con el que iba a lidiar durante los próximos diez meses.

Entretanto, el profesor Kupfer hizo un gesto. Como si acabara de despertar de profundos y lejanos pensamientos, se sentó en el pupitre de la cátedra con las manos en los bolsillos y, súbitamente, sonrió. De repente se transformó a sí mismo y transformó a la vez el ambiente de la clase, de tal forma que todo lo que había hecho hasta entonces se convirtió en un preludio que había representado por obligación, casi inconscientemente.

Su voz adquirió un tono completamente distinto, y Kurt se sobresaltó de nuevo, como cuando había oído el pestillo de la puerta, a pesar de que ambas veces sabía lo que iba a ocurrir a continuación.

—Muy bien, ya estamos todos reunidos.